

401-445). Se analizan primero las oportunas similitudes y diferencias entre ambos catecismos para pasar luego a buscar una fuente común. Además de las cartillas y otros instrumentos catequéticos, parece probada la gran influencia que tuvo el catecismo de San Juan de Avila de 1554 sobre estos dos catecismos y el influjo que el Astete, compuesto en 1576, tuvo sobre el de Ripalda de 1586. A continuación se hace una lectura paralela de los catecismos de San Juan de Avila, Astete y Ripalda y unas consideraciones globales sobre ambos catecismos. Un breve epílogo cierra la obra, que no lleva bibliografía general, limitándose a un índice analítico.

La misma descripción de esta obra me parece que expresa su valor y sus límites. Sin duda, el mayor volumen de páginas lo ocupan la edición crítica de los dos catecismos que constituyen sin duda una buena aportación científica. Trasluce en este aspecto una larga y paciente labor por parte del autor, aunque se advierte que una gran cantidad de añadidos que se han hecho a estos catecismos corresponden a nuestro siglo, cuando la proliferación de catecismos —y especialmente de correcciones de los catecismos clásicos— fue una de las razones para elaborar los catecismos nacionales. Aporta esta obra muchos datos sobre los autores y avatares de estos famosos y populares catecismos.

Pienso que al libro le sobran una serie de comentarios un tanto irónicos que el autor hace al hilo del estudio, y que se refieren a diversos aspectos de la catequesis en el momento actual. También pienso que falta un estudio más exhaustivo de por qué han pervivido estos catecismos y no otros de los muchos que se han escrito a lo largo de casi cuatro siglos y especialmente en el mismo siglo XVI. Falta también un

análisis teológico del contenido, aunque quizá este punto desborde el propósito del autor.

El volumen, pues, es un tanto desigual, pero es desde ahora referencia obligada al estudiar los catecismos de Astete y Ripalda y la catequesis en el siglo XVI.

J. Pujol

Pietro, BRAIDO, *La experiencia pedagógica de Don Bosco*, Ed. Las, Roma 1989, 189 pp., 17 x 24.

Pietro Braido quiere presentar en este volumen los rasgos o raíces primigenias del sistema preventivo o experiencia preventiva de San Juan Bosco (1815-1888). De todos es conocido el proyecto educativo de este santo educador que desde sus inicios se extendió con fuerza y que se ha ido concretando y diversificando en gran variedad de obras e instituciones. La intención del autor es que la descripción de los elementos esenciales de la obra de Don Bosco permitirán la fidelidad, dentro de la continuidad, de las instituciones educativas que él promovió.

El autor es sin duda uno de los mejores especialistas de la obra salesiana, de ahí que pueda emprender con fuerza una tarea de esta envergadura. El contenido del volumen aparece muy bien expresado en el Índice. Partiendo de «los tiempos de Don Bosco», Braido va describiendo las inquietudes pedagógicas de principios del siglo XIX, así como algunos de sus principales protagonistas: los hermanos Cavanis, Ludovico Pavoni, Marcelino Champagnat, Teresa Eustochio Verzeri, Adolf Kolping, Ludovico de Casoria, José Timón-David, Leonardo Murialdo y Luis Guanella. A continuación se describe la figura de San Juan Bosco: su

singularidad y formación pedagógica y sus obras. Señala Braido cómo «la motivación profunda y definitiva de la acción de Don Bosco es la caridad: el amor religioso a Dios y al prójimo, que brota inmediata y coherentemente de su fe católica y de su vocación sacerdotal» (p. 79).

Después analiza la opción por lo jóvenes y las propuestas de actuación que tuvo respecto a muchachos con especiales dificultades. Entra a continuación a describir los elementos esenciales de toda su concepción, que se pueden resumir diciendo que pretendía la educación del hombre antiguo renovado según las necesidades de los tiempos, es decir, el cristiano y el ciudadano. Y esa educación tenía como dimensiones pedagógicas fundamentales las siguientes: preocupación por la educación integral; cultivar en los jóvenes la dimensión religiosa profunda y animarles a la recepción de los sacramentos; formales cristianamente con una sistemática obra de instrucción y reflexión; la formación en el «sensus Ecclesiae» y fidelidad al Papa; educación con la máxima claridad en el tema de los novísimos; la pedagogía del deber (estudio, trabajo, profesión, misión) y el ejercicio práctico de las virtudes cristianas, especialmente la caridad, mortificación, obediencia, castidad y buena educación. Se puede decir que «este sistema descansa por entero en la razón, en la religión y en la amabilidad» (p. 138). Y todo ello dentro de un espíritu y estructura esencialmente familiar, con una pedagogía de la alegría y de la fiesta, con un amor exigente.

Pietro Braido ha sabido ofrecer en este trabajo, muy documentado y relativamente breve y sintético, una visión clara de la experiencia de este gran santo educador.

J. Pujol

Rafael ARTACHO LÓPEZ, *La enseñanza escolar de la Religión*, Promoción Popular Cristiana (PPC), Madrid 1989, 436 pp., 12 x 21.

Este estudio consta de seis capítulos. Los dos primeros son, sin duda, los más importantes desde el punto de vista teórico, ya que sientan las bases de los otros capítulos. En el capítulo 1º se estudia la estructura de la enseñanza escolar de la Religión (pp. 17-49); se dice seguir los planteamientos psicopedagógicos de Jean Piaget, y que el propósito del libro es el estudio de la enseñanza de la Religión desde la perspectiva del aprendizaje y no desde la perspectiva de la enseñanza. Analiza ampliamente la distinción entre la Enseñanza Religiosa Escolar (ERE) y la Catequesis de la Comunidad Cristiana. Aunque el autor afirma que no quiere quedarse en un modelo meramente “cultural” de la enseñanza de la religión en la escuela, ésta queda sin duda bastante reducida. Se concluye con una premisa que para Artacho es fundamental: el modelo de la ERE no debe ser el teológico sino el pedagógico.

Esta conclusión inspirará la concepción del capítulo 2º, titulado “El pensamiento religioso: estructuras epistemológicas y formas de expresión” (pp. 52-85). Desarrolla lo que deben ser los distintos “lenguajes religiosos” del niño. La estructura propia del pensamiento religioso, según Artacho, comprende un dato de la experiencia del hombre y un sentido unitario y global. Estos dos elementos —la experiencia y el sentido— dice el A. que no pueden separarse sin traicionar el contenido religioso. Después analiza la expresión de los contenidos del pensamiento religioso, que son los lenguajes religiosos, estableciendo cuatro: el mítico-bíblico, el cultural o litúrgico, el ético o moral y el doctrinal.